

# LA PAZ DE CARTER

EDUARDO HARO TECGLÉN

La posición actual del Presidente Carter acerca del comunismo en los países occidentales de Europa es matizada y moderada. Sin embargo, ha levantado un revuelo de comentarios. La declaración está contenida en un comunicado del Departamento de Estado que fue dado a conocer en una de las reuniones habituales —diarias— de uno de los portavoces del Departamento con los periodistas. Según ella, "la posición de los comunistas en un determinado país es algo a determinar por el pueblo y el Gobierno del país en cuestión" y los Estados Unidos no se proponen intervenir "en el proceso por el que dicho país adopte una decisión sobre el tema". Pero la nota añade: "Esto no significa, sin embargo, que nuestra actitud sea indiferente". Algunos atribuyen esta nueva posición a reciente conferencia sostenida en París por miembros destacados del Partido Comunista Francés con consejeros de la Embajada de los Estados Unidos, reunión que fue criticada —con carácter de queja— en la entrevista que mantuvo después el Presidente Giscard con el secretario de Estado, Cyrus Vance. La declaración oficial norteamericana tendería a quedar bien con las dos partes: con los comunistas, al insistir en que su acceso al poder es una cuestión del pueblo y el Gobierno, y con Giscard, al insistir en que los Estados Unidos "no serían indiferentes".

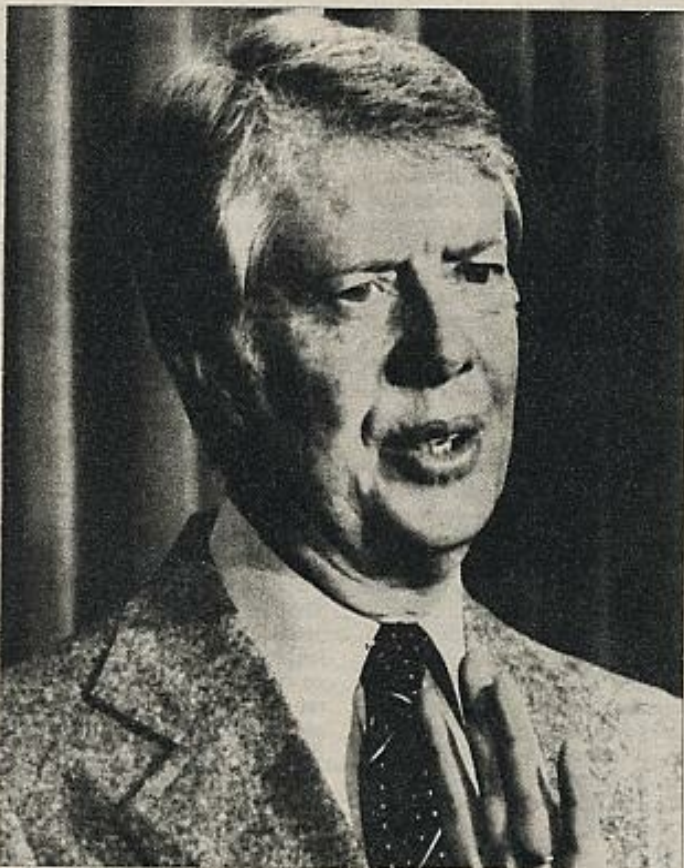
Hay otro tema de mayor urgencia que el francés, y es el italiano. En Italia se deteriora rápidamente el Gobierno demócrata-cristiano, que se formó y mantuvo gracias a la abstención de las izquierdas, y éstas parecen mostrar una mayor distancia hacia ese u otro Gobierno del mismo contenido: parece considerar que ha llegado el momento de participar más directamente en el poder. El 3 de abril, el órgano central del Partido Comunista Italiano, "Unità", publicó un artículo firmado por el propio Berlinguer, secretario general, que raras veces recurre a este medio para expresarse y expresar la doctrina oficial de su partido. Según este artículo, la "mayoría de la abstención" ha concluido ya, después de haber dado un buen resultado. El término "mayoría de abstención" indica que el Partido Comunista ha apoyado a la mayoría gubernamental por la vía de la

abstención, y que, por lo tanto, se considera incluido en esa mayoría. Si termina el sistema de la abstención es porque las circunstancias requieren ahora que forme parte expresa y declarada de la mayoría. Se trata de la oferta de un pacto, consecuencia de la gravedad extrema de la situación económica y social del país. La fórmula de la abstención "ha tenido una función positiva, pero está desbordada. El problema del cambio de fórmula queda abierto. Debe ser resuelto lo antes posible, pero sin que se produzcan vacíos políticos improvisados". La fórmula que propone el secretario general es la de "un cambio tan profundo como sea posible en las relaciones entre los partidos, y en las relaciones entre éstos y el Gobierno, que vaya en el sentido de la solidaridad y la colaboración". Una propuesta de pacto doble y de pacto político. La nueva fórmu-

la es poco clara, como corresponde a una situación poco clara y a lo que tiene de sondeo para despertar un eco en la democracia cristiana. La cual ha respondido sobre otra ambigüedad: que estaría dispuesta a llegar a un acuerdo sobre un programa determinado, pero no a la conclusión de un pacto para la formación de una nueva mayoría. Puede significar, más o menos, volver sobre la antigua forma: realizar un programa de restauración nacional con el acuerdo de todos los partidos —y concretamente con socialistas y comunistas—, pero realizado exclusivamente por la democracia cristiana, apoyada en el Parlamento por su propia mayoría. Más o menos significa el regreso a la "mayoría de la abstención". Estos acuerdos deberían concretarse, en cualquier sentido, con la mayor urgencia. El Gobierno Andreotti tiene los días contados —se asegu-

ra que no sobrevivirá a esta semana, en que la actividad política se produce con toda viveza, tras las fiestas de Semana Santa y Pascuas— y parece que el vacío político de la crisis va a abrirse en cualquier caso. Muchos italianos creen —unos con alegría y otros con horror, según los casos— que se aproxima el momento de que los comunistas tengan ya una participación abierta en el poder. La incógnita abierta por cuál sería la actitud de los Estados Unidos, parece estar respondida por la nota del Departamento de Estado. Sólo que la respuesta es demasiado abierta a la interpretación.

La "no indiferencia" de la Administración Carter se expresa algo más en el posterior contenido del comunicado. Viene a decir que los Estados Unidos dan una importancia excepcional a su "capacidad de trabajo" con los gobiernos de Europa occidental en asuntos "de interés vital". Y "esa capacidad podría llegar a lesionarse si estos gobiernos llegan a ser dominados por partidos políticos cuyas particulares tradiciones, valores y prácticas están alejados de los principales fundamentos democráticos e intereses comunes en los que están basadas nuestras relaciones con Europa occidental". El párrafo es desesperante a la hora de ser analizado. Supone una diferencia visible con las declaraciones del Gobierno anterior —Johnson-Kissinger—, en los que claramente se decía que los Estados Unidos "no estaban dispuestos a tolerar" la presencia del comunismo en los gobiernos occidentales. El amenazar con cierta distancia a los gobiernos que lleguen "a ser dominados por...", puede entenderse que no actuarían en el caso de que la participación comunista se redujera a uno o dos ministros, tema que antes valía el ostracismo claro (como ejemplo único, pero visible, el Portugal posrevolucionario). En algunas conversaciones no oficiales emitidas posteriormente, los Estados Unidos —o los funcionarios declarantes— dan a entender que quizá se entienda con dominio simplemente la participación minoritaria de comunistas en el Gobierno y que la "no indiferencia" supondría una "modificación de la cooperación". Es decir, de la supresión de lo que ahora se considera como ayuda. Y de una posible estampida de los capitales ▶



La mayor ductilidad que parece dispuesto a demostrar Carter hacia la URSS, sobre todo después de la decisión soviética de suspender las negociaciones sobre armamentos, se duplica por lo que se insinúa como una aproximación a Cuba.

## LA PAZ DE CARTER

invertidos por empresas multinacionales con cabeza, visible o invisible, en Washington. El dinero no es sólo asustadizo y huya a la más leve alarma, sino que es considerablemente amenazador.

En Francia, donde el problema de los comunistas está planteado para las elecciones del año que viene y donde efectivamente podría haber no un dominio, sino un condominio de los comunistas en un Gobierno de mayoría socialista que puede surgir de las elecciones, la postura de los Estados Unidos se extiende como una cierta seguridad de que los Estados Unidos no van a intervenir en el proceso electoral. Ya el Partido Comunista Francés explica que nunca se ha propuesto una relación de dominio en ningún Gobierno: "Nosotros formaremos parte de un Gobierno de unión de izquierda, con iguales deberes y derechos". Si los comunistas franceses señalan esta distancia, en cambio aprueban la primera parte del comunicado de Washington: la que promete la no ingerencia. Y consideran que es fruto de sus conversaciones con los Estados Unidos. Si la antes citada fue pública y conocida, los contactos de miembros del Partido Comunista con personal cualificado de la Embajada norteamericana, en Francia como en otros países, son bastante frecuentes. El tono general de estos contactos sería el de expresar a los Estados Unidos que los actuales partidos comunistas, o "eurocomunismos", no pueden ser considerados como en la anterior etapa de la guerra fría como "agentes de Moscú", y que sus diferencias con la Unión Soviética son claras y abiertas; sin embargo, volverían a sentirse más solidarios con la URSS si en sus países fueran perseguidos o discriminados. Los "eurocomunismos" no se oponen ya a la existencia de bases de los Estados Unidos ni a la forma de influencia que supone el Mercado Común, ni siquiera a la OTAN. Ciertamente que este gran problema estratégico es importante para los Estados Unidos, pero hay otros problemas más. Los Estados Unidos son grandes inversionistas en Europa: temen que la influencia comunista pudiera llegar a fórmulas sociales avanzadas que hicieran menos rentables, o no rentables, sus empresas. Una reforma fiscal importante, unas mejoras de salarios y de Seguridad Social, un bloqueo de los precios, unas medidas en suma limitadoras de los beneficios del capital podrían ser fatales. Y son las que figuran en todos los programas de la izquierda. Más concretamente, son la razón de ser de la izquierda en los países europeos. Podría ocurrir que en los sondeos realizados por los Estados Unidos cerca de medios comunistas y socialistas de Europa, hayan recibido algunas promesas en el sentido de que una participación comunista

en el poder no llegaría a perjudicar las inversiones norteamericanas. Que lo hayan creído es otra cuestión.

La declaración sobre los "eurocomunismos" indudablemente inspirada por Carter, va en el sentido de su política general de un mayor favor de las libertades políticas y ciudadanas en todo el mundo. Va en el estilo de continuidad democrática, sobre todo de los dos grandes Presidentes Roosevelt y Kennedy. Incluso más allá. Carter parece ahora más inclinado a cesar en su campaña verbal contra la URSS por la cuestión de los derechos humanos, y sin duda habría influido en él la decisión soviética de suspender las negociaciones sobre armamento. Como se sabe, la limitación de armamentos no es tanto una garantía mejor para la busca de la paz como una medida económica. Aunque se detuvieran en este mismo punto las fabricaciones de armamentos nucleares y paralelos, los arsenales de los Estados Unidos y de la Unión Soviética contienen ya los suficientes elementos como para garantizar una limpia y rápida desaparición del mundo. La fabricación continúa por dos razones: una, porque cada país trata de responder a las investigaciones militares y a la fabricación del otro, para no quedarse atrás; otra, por los inmensos intereses creados por esa fabricación. Un ideal gobernante ya antiguo —por lo menos de la época de Kennedy y de Krutchev— era el de limitar esos gastos y reconvertir la economía de guerra fría en una economía de paz: a la URSS le interesaba de manera especial porque suponía una elevación del nivel de vida de sus habitantes, lo cual, unido a la campaña de destalinización, podría suponer una adhesión mayor de los ciudadanos al Gobierno y una eliminación de las disidencias. A los Estados Unidos le interesaba para cortar los caminos de la inflación que podían desestabilizar la sociedad americana, la "sociedad del bienestar". Después de la etapa Nixon-Ford, Carter vuelve a intentar una restauración de la economía de los Estados Unidos por esa vía. Y complementarla con la creciente apertura de mercados en la URSS, para lo cual necesita que la URSS tenga capacidad adquisitiva de bienes de consumo y de materias industriales no destinadas a la guerra. El párrafo de las declaraciones de Carter sobre derechos humanos que indica que las restricciones contra los regímenes represivos no debe actuar en aquellos lugares en los cuales los intereses de los Estados Unidos son importantes, podría jugar ahora en favor de la URSS y detener la campaña. La realidad es que tal campaña no ha tenido hasta ahora ninguna eficacia real: las "ayudas" retiradas son escasas y poco importantes, y quizá estén duplicadas por ayudas invisibles. Aunque el Congreso de los Estados Unidos parece querer ir más

allá que el Presidente en las sanciones contra países tiránicos, todo hace indicar que más que las sanciones van a jugar otras presiones para hacer que, de una manera gradual, los países afectados vuelvan poco a poco a una normalidad democrática o pseudodemocrática.

La mayor ductilidad de Carter hacia la URSS se duplica por lo que se insinúa como una aproximación a Cuba. Los tanteos entre los dos países están sucediendo desde hace años, sufren altibajos y últimamente estaban en un período frío, tras la alteración de prácticamente todos los regímenes del continente americano hacia soluciones de derecha y extrema derecha. El envío de un equipo de baloncesto a La Habana —que, además, perdió— se interpreta por muchos como un equivalente al famoso envío de un equipo de ping-pong a China como paso previo a la normalización de relaciones entre los dos países. Acompañado el equipo de Dakota por una delegación importante, entre ella un senador, ha sido recibido con todos los honores y se han intercambiado discursos de cierta significación. Los miembros del "lobby" cubano de Washington no ocultan su inquietud y expresan todas sus reservas.

Esto se produce en un momento en el que Cuba parece más próxima a la URSS, y las dos ofrecen un cierto frente a los Estados Unidos en África. Las visitas a África de Podgorny, presidente del Politburó de la URSS, y de Fidel Castro, han sido coincidentes, y no por casualidad. Los dos gobernantes se han reunido luego en Moscú para hacer el balance de lo que han visto y de lo que pueden realizar. Los Estados Unidos han descuidado notablemente a África y han cometido con ella un error que les es típico y antiguo: la explotación directa, la situación de dirigentes fuertes y el trato más bien desdeñoso. Se han empezado a encontrar con revoluciones, y el estado actual de la cuestión africana es particularmente sombrío para sus intereses. Tras Angola, Zaire (antiguo Congo belga) está ahora en plena efervescencia, y el hombre clásico de los Estados Unidos en aquella zona, el general Mobutu, está a punto de caer. Zaire es ya una amenaza directa para los dos grandes países del conflicto mayor de África, Rhodesia y Sudáfrica. La diplomacia de Kissinger no ha conseguido nada práctico en sus esfuerzos para que los dos países de gobierno tiránico de la mayoría blanca reformaran sus estructuras. Pueden caer en una situación de violencia. Cuba ha ayudado abiertamente a Angola, con el envío de soldados bien pertrechados. No ha llegado a esta intervención directa en Zaire, pero puede ejercerla en cualquier momento. La Unión Soviética y Cuba están actuando en África con celeridad y con decisión, y lo hacen en un terreno cultivado por la

falta de ayuda real de los Estados Unidos. Y por el terror de los Estados Unidos a una nueva intervención directa que tuviera las mismas consecuencias trágicas que la de Indochina. La palabra Vietnam todavía pone los pelos de punta de los políticos y los ciudadanos de los Estados Unidos. Una intervención armada abriría otra vez un frente inseguro en una región mundial, donde hay una gran reserva revolucionaria: la producida por siglos de explotación y de hambre, que no se clausuraron con la llamada descolonización. La Administración Carter es bastante sigilosa con ese tema, y su respuesta podría ser el de un apaciguamiento. Limitar la presencia de la URSS y de Cuba en África mediante una reanudación de la coexistencia con la primera y una apertura de negociaciones con la segunda. En Cuba parece verse con interés esta nueva etapa política de los Estados Unidos. Raúl Castro —en la ausencia de Fidel antes de que éste regresase de Moscú— se ha referido públicamente —en la clausura del III Congreso de la Unión de Jóvenes Comunistas— a la nueva línea norteamericana: el envío del equipo de baloncesto, el levantamiento de las restricciones de los ciudadanos de los Estados Unidos para que visiten Cuba —y también Camboya, Vietnam y Corea del Norte—, las conversaciones sobre pesca y límites marítimos sostenidas entre Cuba y los Estados Unidos, le parece que son significativas de un cambio de postura con respecto a las cinco presidencias anteriores. "Mantenemos un compás de espera", ha dicho. Algunos comentaristas interpretan la forma de regreso a Cuba de Fidel Castro como de una parte de la política favorable a la URSS. Habitualmente, el regreso de Fidel Castro a Cuba se hace con la mayor solemnidad pública, con recepción en el aeropuerto y masas en las calles. En este caso, Fidel Castro ha vuelto a La Habana de noche y sin recepción. Como si quisiera restar importancia directa a su viaje a África y a la Unión Soviética.

Se puede constatar que el "estilo Carter" es el de una tendencia al apaciguamiento: con la URSS —que sigue sin perdonarle su "ingerencia" en el campo de los derechos humanos—, terminando su campaña verbal; con Cuba, sondeando la posibilidad de unas mejores relaciones y con los "eurocomunismos", dejando un poco en el aire la amenaza de sus predecesores, pero sin bajar del todo la espada.

Pueden ser motivos de alguna satisfacción, desde el punto de vista de reducción de las tensiones. Pero nunca hay que olvidar que lo más importante para Washington es el mantenimiento de sus relaciones imperiales en el mundo, a las que está obligada por su situación económica. La calidad de esas relaciones, sin embargo, no debe ser subestimada. ■